

Fidelidad en lo grande y en lo pequeño¹

1. *Lo que Dios unió, que no lo separe el hombre²*. Esta importante sentencia de Cristo, refleja con exactitud el plan de Dios para el matrimonio y la familia. El Señor ha querido, *desde el principio³*, ese precioso don de la unidad.

Las debilidades de los hombres de entonces y de ahora, han pretendido que las cosas sean de otra forma. Los fariseos de aquella época y los de la nuestra, constantemente formulan sutiles argumentos para justificar la separación de lo que Dios siempre ha querido mantener unido.

Y es que Dios, siendo en sí mismo un insondable misterio de Amor, nos ha creado por amor y para el amor. El amor es, por tanto, la vocación fundamental de todo ser humano, de todo matrimonio y de toda familia. El amor debe ser siempre el principio interior, la fuerza permanente y la meta última de toda comunidad conyugal y familiar (san Juan Pablo II).

2. Su origen, naturalmente, está en la complementariedad entre hombre y mujer. En esa encantadora sorpresa de Adán al despertarse de su sueño en el Paraíso y descubrir la imponente belleza de su mujer. Lo que le lleva a exclamar con admiración: *Esta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne⁴*. Ella es igual y distinta. Con la misma dignidad y grandeza, pero con otros elementos físicos, intelectuales y emocionales.

En el origen de todo matrimonio hay una hermosa y recíproca atracción entre personas de sexos opuestos que, en un determinado momento, impulsa a los jóvenes a compartir todo un proyecto de vida. Lo que son y lo que tienen. Y no por un fin de semana divertido, o un año o cinco, sino a lo largo de toda su existencia, para siempre, ¡hasta que la muerte los separe!

Cristo ha confirmado y purificado este amor por medio del sacramento que instituyó justamente con las palabras que hoy escuchamos en el Evangelio⁵. Él conoce mejor que nadie la debilidad humana, la inestabilidad del corazón, el peligro del acostumbamiento y del cansancio que tantas veces sobreviene a los casados en la convivencia diaria. Por eso, precisamente, se acerca a cada matrimonio y con su mano poderosa los conforta y bendice. Diciéndoles: ¡Ánimo! Se puede ir adelante. Se puede alcanzar esa meta que a veces parece tan lejana. Basta que se apoyen en mi gracia.

3. Lo primero es tener claras las ideas. La indisolubilidad matrimonial no es un capricho anacrónico de algunos eclesiásticos, sino un querer explícito del Padre eterno que Cristo subraya con firmeza. Por eso enseña el Magisterio: *Esta íntima unión* (matrimonial)

¹ Homilía el domingo XXVII del tiempo ordinario, ciclo B.

² Evangelio, *Marcos* 10, 9.

³ *Ibid.* 6.

⁴ Primera lectura, *Génesis*, 2, 23.

⁵ Evangelio, *Marcos* 10, 2-12.

*en cuanto donación mutua de dos personas (hombre y mujer), lo mismo que el bien de los hijos, exigen la plena fidelidad de los cónyuges y reclaman su indisoluble unidad*⁶.

Luego, si esa es la voluntad de Dios, hay que persuadirse de que la fidelidad es posible. Es una conquista ardua pero accesible. Acudiendo, como antes dijimos, a la gracia de Dios y cuidando los detalles pequeños. La gracia se obtiene por medio de la oración y la frecuencia de sacramentos. *Yo vivo persuadido* –predicaba san Josemaría- *de que, sin mirar hacia arriba, sin Jesús, jamás lograré nada; y sé que mi fortaleza, para vencerme y para vencer* (en la lucha), *nace de repetir aquel grito: todo lo puedo en Aquel que me conforta* (Filipenses 4, 13)⁷.

4. Gracia de Dios, pues, en primer lugar y, luego, atención a los detalles. Sobre todo cuando, con el paso del tiempo, surge amenazante la rutina, la inercia, el cansancio... Cultivar el arte de ser amables. De pedir las cosas por favor y de dar las gracias. De evitar ironías o burlas hirientes. Y, por el contrario, saber decir oportunamente un pequeño elogio. El marido a propósito del vestido de la mujer, de un rico postre o de un atinado arreglo en la casa; la mujer al marido sobre una corbata nueva o sobre algún pequeño logro deportivo. Que no falte tampoco el buen humor y la paciencia ante las contrariedades de la vida diaria. El pedir perdón y perdonar. Y, siempre, aún en los momentos difíciles, el respeto. Fijar bien los límites que no deben traspasarse nunca.

Hay también que guardar la vista y el corazón. ¡Cuidado con las imágenes que circulan en internet o en las series de televisión! O, con esos contactos con antiguas amistades que de pronto que se reestablecen en las redes sociales. Evitar cosas que manchan el alma o vulneran el corazón, es una bonita forma de cuidar la fidelidad, el amor y, por tanto, la felicidad.

Así las cosas no pesan. Recordarán, tal vez, aquella famosa fotografía de dos niños japoneses al terminar un bombardeo en Nagasaki durante la Segunda Guerra Mundial. Uno llevaba al otro en la espalda y cuando el fotógrafo norteamericano le preguntó si no era mucho el peso que llevaba, el niño contestó: *No es un peso, es mi hermano*. Habría que decir ahora: *No, no es un peso, es mi mujer; no es un peso, es mi marido; o mi hijo o mi hija; o, lo que puede ser más difícil, mi familia política*.

5. Hoy comienza en Roma el Sínodo de obispos con el tema: *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Un evento de mucha importancia para el futuro de la Iglesia Universal. Pidamos al Señor gracia abundante para los trabajos de los padres sinodales. Y no olvidemos que los jóvenes serán piadosos y valientes para seguir a Cristo, si sus padres y sus familias están unidas y en paz. Que la Virgen María, Reina de la familia, nos consiga esa importante gracia.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 7 de octubre de 2018.

⁶ Concilio Vaticano II, Constitución pastoral, *Gaudium et spes*, n. 48.

⁷ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, n. 213.